

por la carabela. El golpe habia sido terrible. Colon dió algunas órdenes con el objeto de sacar á flote el barco; pero en la confusion que reinaba, gran parte de los marineros, tomando un bote, trataron de salvarse pasándose á la otra carabela, mientras otros, ejecutando lo que les ordenaba Colon, hacian esfuerzos inauditos, aunque estériles, por sacar del banco de arena el buque. Cuando el jefe y tripulacion de la *Niña* supieron por los que se refugiaban á ella, la desgracia de la *Santa Maria*, se indignaron contra los que habian abandonado al almirante; y lejos de quererlos recibir, les obligaron á volver al lado de Colon para ayudarle. Ellos mismos, tomando otro bote, corrieron al sitio del peligro, y se pusieron á trabajar á fin de salvar la carabela. Pero todo era ya inútil. Las fuertes corrientes habian arrastrado mas y mas al buque sobre la arena, enterrando su quilla; y roto el casco por varias partes, y azotado de costado por las olas, quedó inclinado completamente y haciendo agua en abundancia.

Agotados los esfuerzos, y viendo que el mal era irremediable, Colon y todos los que se habian ocupado en salvar la carabela, se refugiaron á la otra, única que les quedaba desde que se alejó la *Pinta*, cuyo paradero ignoraban.

### CAPITULO III

Nobles sentimientos del cacique Guacanagarí.—Su hospitalidad.—La dignidad de cacique era hereditaria.—Religion de los indios de la isla.—Convida el cacique á Colon á comer.—Calidad de los alimentos.—La felicidad de los isleños era negativa.—Exámen entre la deliciosa vida supuesta por algunos escritores y la real.—Colon conviene con el cacique en dejar en la isla algunos españoles.—Construccion de la fortaleza de la Navidad.—Parte Colon para España.

La situacion de los españoles era de las mas críticas. El barco que acababan de perder, llevaba la mayor parte de las provisiones de boca. Los peligros y el hambre les esperaban en aquellos mares y terrenos desconocidos. No tenian ya mas que un solo bajel, y ese en muy mal estado, para continuar su peligrosa navegacion.

Colon concibió aun la esperanza de salvar los víveres, sin los cuales era imposible continuar los descubrimientos.

El terrible siniestro habia sucedido á legua y media de la poblacion en que habitaba el cacique Guacanagarí. El almirante, acordándose de sus ofrecimientos, envió al pri-

mer juez de escuadra, D. Diego Arana, y al despensero del rey, D. Pedro Gutierrez, á que pusiesen en conocimiento del cacique la desgracia acontecida al acercarse á su puerto para visitarle. Guacanagarí se manifestó

Hospitalidad de Guacanagarí y sus vasallos. Hospitalidad de Guacanagarí y sus vasallos. affligido por el siniestro; y sin pérdida de tiempo acudió con sus hermanos, parientes y vasallos, á favorecer á los españoles marchando en las canoas mas grandes que tenian, con objeto de recoger en ellas á los que se encontrasen en peligro.

Aunque salvajes, poseian aquellos isleños un magnánimo corazon; y en la desgracia de los españoles, se manifestaron tan filántropos y caritativos, como se hubiera podido manifestar el pueblo mas humano de la nacion mas culta de Europa. La actividad desplegada por los indios en aquellos momentos, excedia á toda ponderacion. Merced á ella se descargó con rapidez asombrosa el buque, y el cargamento fué conducido á la orilla con la misma prontitud y con un órden admirable.

Nunca la hospitalidad se ha ejercido con mas espontaneidad que como se ejerció por aquella nacion inculta, pero sensible. Guacanagarí mandó que todos los efectos se depositasen cerca de sus habitaciones, y dispuso que los custodiase una guardia de sus vasallos.

Colon, cautivado del digno proceder del noble cacique y de su gente, consignaba en su diario, con suma justicia, la afabilidad que en todas partes habia encontrado. Al referir á los Reyes Católicos la índole pacífica, la docilidad, el buen corazon y la sencillez de aquellos habitantes, dice que «aman á sus prójimos como se aman á sí mismos», que «siempre son sus palabras humildes y afa-

bles», y que, «aunque andan desnudos, son sus modales decorosos y dignos de aprecio».

Las atenciones de Guacanagarí para con el almirante y su gente, no tuvieron límite desde aquel momento. Frecuentemente enviaba á sus parientes para que les hiciesen saber que nada les faltaria mientras permaneciesen en la isla. El 26 de Diciembre pasó el mismo Guacanagarí á visitar á Colon á la carabela la *Niña*, y le hizo los ofrecimientos mas lisonjeros. Allí le hizo saber que si al principio los habitantes de la isla habian huido al interior al ver llegar las carabelas, fué porque temieron que fuesen los caribes, que con frecuencia saltaban á tierra con arcos y flechas, y solian llevar cautivos á muchos de sus vasallos para comérselos; pero ahora que les conocia, todo cuanto tenia lo ponía á su disposicion. Colon le agradeció el vivo interés que tomaba en su desgracia, y le manifestó por señas, que nunca olvidaria su generosa hospitalidad.

Mientras el atento cacique y el almirante se manifestaban su aprecio, llegaron en una canoa, de otra parte de la isla, algunos indios ofreciendo á los marineros el cambio de algun oro que llevaban, por cuentas de vidrio, cascabeles y campanitas. La oferta fué aceptada, quedando todos los contratantes contentos con su adquisicion, pues cada uno estimaba infinitamente menos lo que daba que lo que recibia.

Algunos marineros se acercaron á Colon, mostrándole el oro que acababan de llevar los indios. La alegría que manifestaban, llamó la atencion de Guacanagarí, y preguntó el motivo que habia para ella. Colon explicó entonces la causa; y el cacique le dió á entender, que aquel

metal existia, en gran abundancia, en unas montañas próximas, donde apenas tenia valor alguno, y que él le ofrecia darle cuanto desease, haciéndolo traer de Cibao, nombre del punto en que se daba.

La noticia fué satisfactoria para Colon, pues así venia á realizarse la idea concebida por él de la riqueza que entrañaba el Nuevo-Mundo, y no podria la envidia decir que la corona habia gastado en llevar á cabo un descubrimiento que solo habia irrogado gastos.

Los indios continuaban llevando, aunque en corta cantidad, oro, que los marineros recibian por insignificantes bagatelas.

Nunca se ha visto un comercio hecho con mas satisfaccion y placer por una y otra parte. Cada contratante daba lo que á él no le servia, por lo que anhelaba poseer ardentemente. Los indios al cambiar los pedazos ó granos de oro que en nada apreciaban, porque desconocian la moneda y las artes, por cascabeles y campanillas, cuyo sonido y forma les seducia, creian hacer el mas brillante negocio, puesto que lo que recibian de los españoles les servia del más bello adorno. Los europeos, que veian en el oro el precioso renglon por el que se adquieren todos los demás, encontraban en el cambio la satisfaccion mas completa. Lo que no tenia valor en un pais, lo tenia en otro; y cada contratante se admiraba de la simplicidad del otro.

Queriendo el admirante pagar la visita del cacique, le indicó que iria á verle al pueblo en que residia, cuyo ofrecimiento escuchó Guacanagarí con indecible satisfaccion. Realizada la promesa, el generoso cacique salió á su encuentro, y le condujo á las mejores habitaciones. El res-

peto y veneracion con que trataban á Guacanagarí sus vasallos, le hizo creer que no era un jefe elegido popularmente, sino que el mando que ejercia era hereditario. Con efecto, era así. El poder de los caciques era hereditario, y cuando el soberano moria sin dejar hijos, el poder pasaba á los hijos de su hermana que eran preferidos á los del hermano. Esta preferencia la fundaban en un principio que revela alguna malicia. Decian que los que pasaban por hijos del hermano, bien podian no serlo; pero que esa duda no podia existir respecto de los hijos de la hermana, pues inconcusamente tenian que ser de ella. El sistema de gobierno era absoluto. La voluntad del gobernante era la suprema y única ley: tenia completo dominio sobre la vida y haciendas de sus vasallos, y nadie tenia derecho á hacerle la mas ligera observacion si él no pedia consejo. Pero aunque revestidos los caciques de esas facultades omnímodas, generalmente trataban á sus vasallos con dulzura y no les recargaban de trabajo.

Religion de los habitantes de Hayti. La religion de los isleños, aunque llena de supersticiones, era sencilla y no estaba manchada con sacrificios humanos. Creian en un Sér Supremo, inmortal, invisible y omnipotente que habitaba en los cielos; pero en sus necesidades jamás se dirigian directamente á él, sino que se valian de dioses subalternos llamados *zemis*, que servian de intercesores. El número de númenes era considerable, pues para cada objeto de la naturaleza tenian una divinidad. Habia númen del agua, del viento, del fuego, de la lluvia, de los caminos, del dia, de la noche, del pesar, del placer y de todo lo que puede labrar la felicidad del hombre. En todas las chozas habia

sus penates privilegiados, y cada cacique tenia un zemi tutelar, que era el reverenciado con especialidad, y al cual se le hacia una gran fiesta en el año. Los templos eran hechos de igual materia que las chozas, y en ellos se veian imágenes de los zemis, talladas en madera ó piedra, ó hechas de barro, de forma horrible y repugnante. Respecto de la vida futura, creian en la inmortalidad del alma, la cual, separándose de la materia, volvia á habitar los bosques y las montañas, viviendo perpetuamente en sus cavernas, saliendo á solazarse por las florestas, y apareciéndose de noche á los vivientes. El eco con que las grutas y la garganta de las montañas contestaban á la voz, suponian que era el acento de los espíritus de los finados que vagaban por aquellos silenciosos y retirados sitios. Creian que existia un lugar delicioso, destinado á las almas de los que habian sido buenos sobre la tierra, y que esos bienaventurados espíritus vagaban felices por floríferos vergeles en union de hermosas vírgenes, con quienes celebraban opíparos banquetes, y se regalaban saboreando delicadas frutas. Algunas tribus se figuraban situado el Paraíso en algun sitio delicioso de su provincia natal; pero generalmente lo colocaban en la parte occidental de la isla, en la fértil provincia de Jaragua, que abundaba en deliciosos valles, cubiertos de frondosos árboles de hojas resplandecientes, lisas y ovals, llamados *mamey*, cuya redonda fruta, que lleva el mismo nombre que el árbol, presenta la forma y el tamaño del mayor melocoton (1).

(1) Los hay aun de mayor magnitud que el mas grande melocoton. El *mamey* tiene la corteza del grueso de un carton delgado y de color café; su carne es encarnada, aunque hay algunos que la tienen amarilla: aunque sua-

Se imaginaban que los venturosos espíritus permanecian ocultos durante las horas del dia en las risueñas grutas y en las frescas cavernas de las montañas; y que al tender la noche su manto, descendian á los valles para regalarse saboreando el aromático *mamey*, que juzgaban el delicado manjar de los bienaventurados. Tenian la idea del diluvio, y juzgaban á sus sacerdotes como inspirados por los dioses. Esos ministros de las falsas divinidades practicaban rigurosos ayunos, y eran consultados por el cacique en todos los asuntos árdus: llevaban el cuerpo pintado con figuras que representaban á las diversas deidades, y predecian el malo ó el buen éxito de las empresas. Respecto de los individuos próximos á expirar y de los muertos, observaban una costumbre singular. Cuando los médicos declaraban que era imposible salvar la vida de un cacique, se le ahogaba para evitar que muriese con las congojas que un simple vasallo. Si el desahuciado pertenecia al vulgo, se le extendia en una hamaca, se le ponía agua y pan, y se le dejaba abandonado para que muriese en absoluta soledad. El cadáver del cacique se secaba al fuego y se conservaba: el de los plebeyos se quemaba generalmente, aunque algunas veces se enterraba, poniéndole agua y sal en el sitio en que era sepultado.

Llegada la hora de la comida, Guacanagarí obsequió á su huésped, no con exquisitos platos, pues carecia de elementos para ello, pero sí con abundancia y buena vo-

ve, es mas pastosa que jugosa; su gusto es agradable, pero no semejante, como algunos creen, al melocoton: tiene solo un hueso, del tamaño de un albérchigo; duro como la piedra, lustroso y de color de café.

luntad. El banquete consistia en carne de conejo, frutas, pimienta y pan de cazabe.

No podia ser mas frugal la comida, y ella indica que la agricultura era desconocida en aquellos pueblos. Cuando la comida que presentaba el gobernante principal á un huésped que respetaba y queria, se reducía á conejo, frutas, pimienta y cazabe, la de los vasallos debe suponerse que estaria concretada á menos renglones.

La felicidad de los indios era negativa. Sin embargo de esos alimentos que excedían los límites de lo frugal, de la pobreza de sus chozas, de su absoluta desnudez y de la carencia de todo goce intelectual, que son los que verdaderamente satisfacen el alma y los mas dignos del hombre, algunos escritores han juzgado la vida de aquellos isleños como la mas venturosa de la tierra. La pintura de la existencia que entre seculares bosques y deliciosas florestas hacian los sencillos salvajes, encanta y seduce, y casi hace sentir que la civilizacion haya extendido sus luces sobre la humanidad, pues al paso que le ha creado goces, le ha creado exigencias, y lo que le ha dado en comodidades, le ha quitado en libertad. Pedro Martin, en la cautivadora descripcion que nos presenta de las islas descubiertas por Colon, dice, con el arrebatado que presta el entusiasmo á los hombres de viva imaginacion: «Es cierto que es la tierra tan comun entre aquellas gentes, como el sol y las aguas; y que el mio y el tuyo, semilla de tantos males, no tiene lugar con ellos. Se contentan con tan poco, que en aquel extenso pais, mas bien tienen superfluidad que escasez; así estan en el mundo dorado, sin trabajo y viviendo en abiertos jardines, no atrincherados con diques, ni dividi-

»dos por valladares, ni con muros defendidos. Comercian justamente unos con otros, sin leyes, sin libros y sin jueces. Creen hombre malo y perjudicial solo al que se complace en hacer daño á otro; y aunque no gustan de cosas supérfluas, hacen, sin embargo, provision para el incremento de aquellas raíces de donde sacan el pan, contentos con esta simple comida, con la cual se conserva la salud y se evitan las enfermedades.»

Mas seductora es aun la pintura que el notable escritor Washington Irving presenta en su apreciable obra *Vida y viajes de Cristóbal Colon.*»

«Faltos,—dice,—de los penosos desvelos anejos á la vida del hombre civilizado, que solo ha sabido crearse necesidades ficticias, la existencia de aquellos isleños les parecia á los españoles un agradable sueño. Nada les inquietaba. Algunos campos, cultivados casi sin trabajo, les daban las raíces y legumbres de que se componia la mayor parte de su alimento. Sus rios y costas abundaban en peces; sus árboles estaban cargados de odoríferos, bellos y sabrosos frutos. Suavizado su carácter por su espléndida naturaleza, pasaban mucha parte del dia en indolente reposo, gozando de aquella riqueza de dulces sensaciones que inspiran un cielo sereno y un clima voluptuoso; y por las tardes bailaban en sus aromáticas arboledas, ó al son de los cantos nacionales, ó al de la ruda voz del tamboril silvestre. Tal era la festiva y descuidada existencia de aquel sencillo pueblo; que, si bien carecia de una dilatada extension de goces y de aquellos placeres de exquisito y estimulante gusto que la civilizacion engendra, tambien estaba libre de las mas de sus